

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CÉNTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## Año nuevo...

«A quelque chose malheur est bon», dicen los franceses. Y he aquí que, cuando menos se nos alcanzaba cuál pudiera ser el fundamento de tal proverbio, vino la experiencia á darle confirmación tan cumplida que será capaz de llevar la convicción al ánimo de un cura nocalino. Porque es el caso que el gran desastre con que se ha despedido de nosotros el año que finó, ha ablandado los corazones más empedernidos y hecho nacer en las almas más refractarias un santo propósito de enmienda. La promesa de corregirse y hacer vida nueva, que se reproduce anualmente en la conciencia de los bien intencionados, parece ser un hecho universal en el año que comienza.

Se han dado ya ejemplos de arrepentimiento fulminante. Hombre público ha habido, y no de los menos conspicuos, que aterrado por la parte alcuota de responsabilidad que le corresponde en la catástrofe, desconfiando de alcanzar jamás el perdón de Dios ni el de los hombres, se revolvió airado contra sus amigos que pugnaban por impedirle arrojarle por el viaducto, exclamando:

—Dejadme: soy un gran culpable. No hay redención para mí. Los espectros de mis víctimas me persiguen como las furias á Orestes. Toda el agua del Océano no bastaría á lavar mi diestra ensangrentada como la de lady Macbeth. El fantasma de la patria agonizante llena de angustia mis días y de espanto mis noches. Dejadme buscar en el seno de la muerte la paz y el olvido.

Otros arrepentidos, menos vehementes, prometían, con lágrimas en los ojos, una enmienda nunca tardía para los efectos de la salvación eterna. Los hay que han solicitado la inmediata reunión del tribunal que le debe juzgar y condenar. Los hay que, á falta de más proporcionada reparación, han hecho donación al Estado de todos sus bienes. No ha faltado obispo que haya renunciado la mitra, ni magistrado que haya depuesto la toga, ni general que se haya despojado de los entorchados. Los cueros acuden en masa á la secretaría del Congreso á entregar la dimisión de las actas mal ganadas. Los contratistas de servicios públicos esperan á las puertas de las oficinas de Hacienda para hacer al erario cuantiosas devoluciones. Los funcionarios públicos dejan sus cargos. Los rentistas del Estado piden la reducción de sus rentas. Los caciques abandonan su cacicazgo. Los accionistas del Banco se niegan á percibir las ganancias. Los capitalistas de la Tabacalera se obligan á no fumar en lo sucesivo más que el veneno lento de la compañía. Se ha visto á usureros pedir á sus prestatarios con todo empeño que se sirvieran aceptar la devolución de lo pagado injustamente. ¿Qué más? Yerno de prohombres ha habido que ha devuelto á su padre político el acta ó la credencial que en dote recibiera.

De persistir esta epidemia de arrepentimiento, más brusca y más difundida que el «trancazo», la solución de la crisis política que se avecina será muy laboriosa. Sagasta no quiere el poder: ha visto de cerca la muerte y desea emplear los últimos años de su vida en prepararse á bien morir. Silvela no se presta á formar gobierno: comprende que no podría hacer otra cosa sino cavarle á la patria el hoyo. Polavieja se ha penetrado

de su incurable nulidad. Martínez Campos se duele de vivir, porque sabe que su vida es infracción de la ordenanza. Pidal maldice el caciquismo. Romero abomina de las pequeñas intrigas de la política menuda. Los conservadores sueltos regresan á sus hogares, de los que nunca debieron salir. Castelar se hace fraile misionero. El contagio cunde hasta los últimos confines del radicalismo político. Los carlistas deponen el trabuco y se emplean en celebrar sufragios por las muchas ánimas que han enviado al purgatorio. Los republicanos, ¡oh portento!, empiezan á caer en la cuenta de que el tirarse recíprocamente los trastos á la cabeza no es modo de traer la república. A este milagro de universal contrición, los admiradores del gran matemático y dramaturgo, le llaman ahora el milagro de Echegaray.

Así al menos lo propalan los optimistas. Otros, menos bien pensados, opinan que todo se quedará en agua de cerrajas y en lágrimas de cocodrilo, y que mientras los muertos siguen yendo al hoyo, seguirán devorando los vivos lo poco que del bollo queda. Cualquiera que fuere tu opinión sobre el particular, ¡oh lector discretísimo!, suplicámoste nos la participes por el correo, resolviendo de pasada este caso de conciencia: ¿qué harías tú si examinando la tuya la encontraras tan abrumada de pesadumbres morales, como debe estarlo la de todos aquellos que de alguna manera hayan contribuido al cataclismo presente?»

ALFREDO CALDERÓN.

## LOS REPATRIADOS

Los pobres soldados que vuelven de Cuba, desnudos y hambrientos las calles inundan, y cuando uno pasa dicen anhelantes con opaca voz, extendiendo la mano temblorosa: ¡Una limosnita por amor de Dios!

Pobres soldaditos enfermos y errantes, á quienes esperan llorando sus madres, y que aquí perecen de hambre y de dolor, suplicando á las almas piadosas una limosnita por amor de Dios.

Héroes infelices de caras de espectros, á trozos cruzadas por surcos sangrientos, que temblando de angustia y de frío alargáis las manos á la compasión que junto á vosotros pasa, demandando una limosnita por amor de Dios.

Cuando en mi camino uno de vosotros encuentro y las penas intensas evoco, y los sufrimientos por que habéis pasado, para hallar en premio vuestro gran amor,

## LA IGUALDAD ANTE LA LEY

El ministro de la Guerra piensa suprimir la talla, para evitar que los mozos que por cortos se libraban de ir al servicio, se queden, como Cachupín, en casa. Los mozos están quejados, trinan, patalean, rabian, y, como la Magdalena, derraman un mar de lágrimas. El ministro, en vista de eso, tal vez diga estas palabras: —«Vamos á ver: ¿No hay ministros que están sirviendo á la patria sin tener la talla? ¿Entonces á qué esas quejas amargas, porque quiero que los mozos sin talla empuñen las armas? La igualdad ante la ley quiero que rija en España. Ya que sin talla hay ministros, haya soldados sin talla.»

VICENTE RUBIO.

á la patria tener que pedirle una limosnita por amor de Dios.

no sé qué tristezas en mí se levantan, que cráteres de ira revientan en mi alma, que lloro de pena y de indignación. Y allá en la alta noche, vuestra triste voz, percutiendo lenta en mi corazón,

me parece escuchar que murmura: ¡Una limosnita por amor de Dios!

## LA MUERTA DE OCCIDENTE

No pasa día sin que la prensa de París dedique á España dos ó tres artículos. Antes sólo se hablaba de nosotros de tarde en tarde en la capital francesa cuando iban allá toreros y monos sabios, cuando debutaba alguna estrella del canto flamenco ó nuestros gobernantes cometían un atropello de resonancia, manifestaciones todas francas é indiscutibles de nuestra cultura nacional, que colocaban muy alto el nombre de España como emporio de artes y ciencias. Ahora, con motivo de nuestra espantosa caída y de la prisa que mostramos por regenerarnos, hablan de nuestro país todos los días y nos conceden tanta atención como á las tribus del Níger ó á las negradas de Fashoda.

Antes era Rochefort el único que se ocupaba de nosotros, con el santo deseo de arañar al antiguo mundo, y no encontrando nada más próximo á su país que la monarquía española, dedicaba un poco de su indignación á nuestras instituciones y costumbres. Ahora son todos los periódicos de la capital de Europa los que se dedican con preferencia á cultivarnos como materia rara de observación, pues no todos los días se presenta el espectáculo de un pueblo que sufre la gran paliza (esto nada tiene de nuevo) y se queda tan fresco, respetando á los autores de la catástrofe y adorándolos con toda la fuerza de una cobardía que por lo inmensa resulta sublime; y esto sí que tiene novedad.

Hace pocos días asombrábase *L' Aurora*, el periódico de Zola y Clemenceau, ante el espectáculo que ofrece España. ¡Qué país! El articulista no salía de su estupor, viendo que después de haberse perdido Filipinas, todavía el general Polavieja se atreve á presentarse como un regenerador de España, contando con el auxilio de todas las polillas del pasado.

Y el asombro de este periódico lo manifiestan todos los de París al hablar de España. Pero ¿qué digo de París?... Toda Europa nos contempla con la mala atención con que se sigue una agonía digna de estudio.

Hasta la prensa de Suiza, ese periodismo sesudo, tranquilo y reposado que no discute, razona sobre nuestra triste suerte y expone sus causas. Súbditos felices de la más pura de las democracias, ciudadanos de un pueblo libre, ilustrado y próspero, sienten los periodistas suizos la oculta satisfacción del hombre sano y vigoroso que mira al enfermo y se dice: —¡Así podía yo verme! ¡Cuán feliz me considero al sentirme fuerte!

Los que no se preocupan del concepto que España merece á Europa, los que creen que más allá de nues-





# DON QUIJOTE

## BAILE DE MÁSCARAS



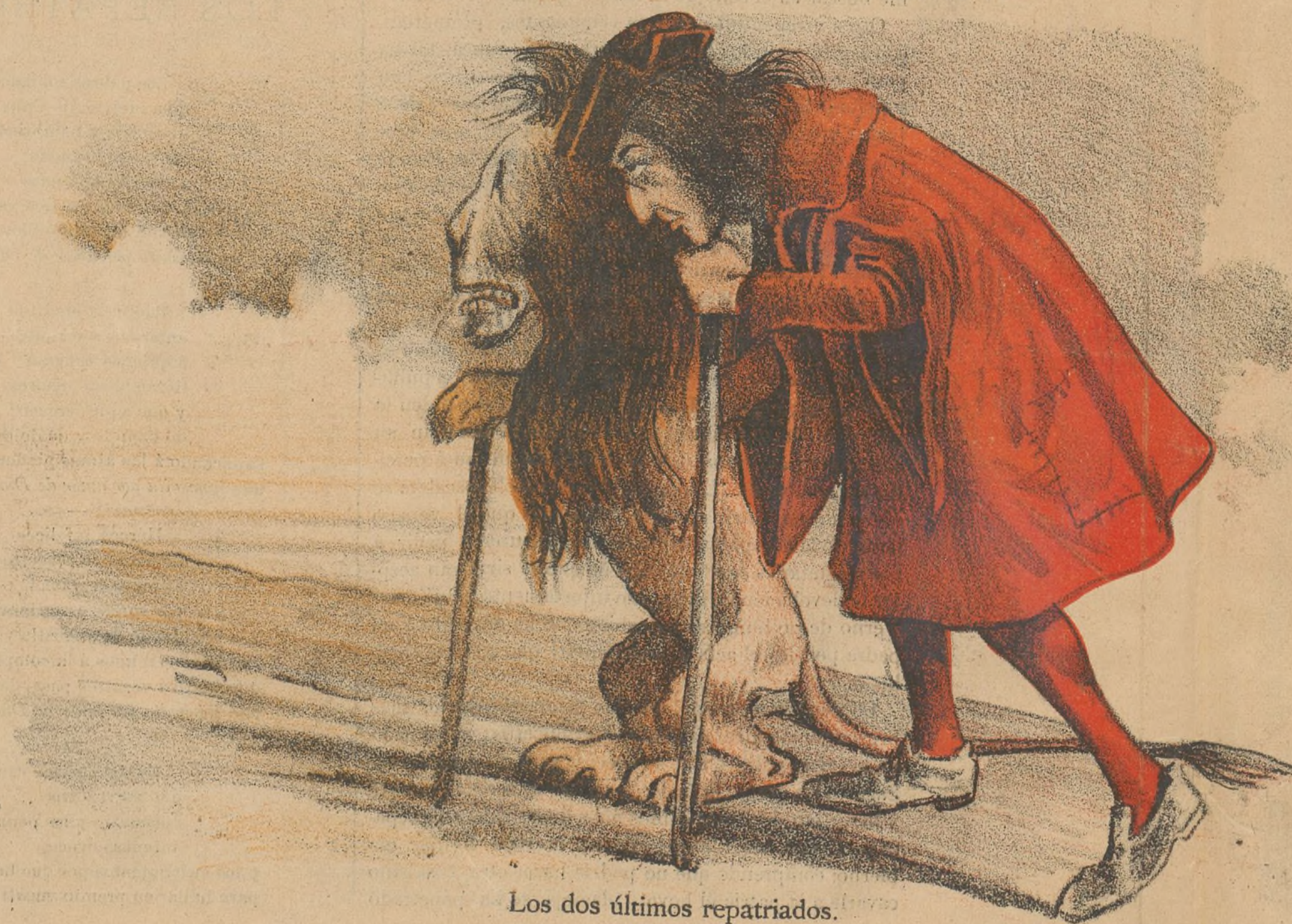
El bastonero se decide al fin á disolver la reunión.



Amén ó el eterno enfermo.



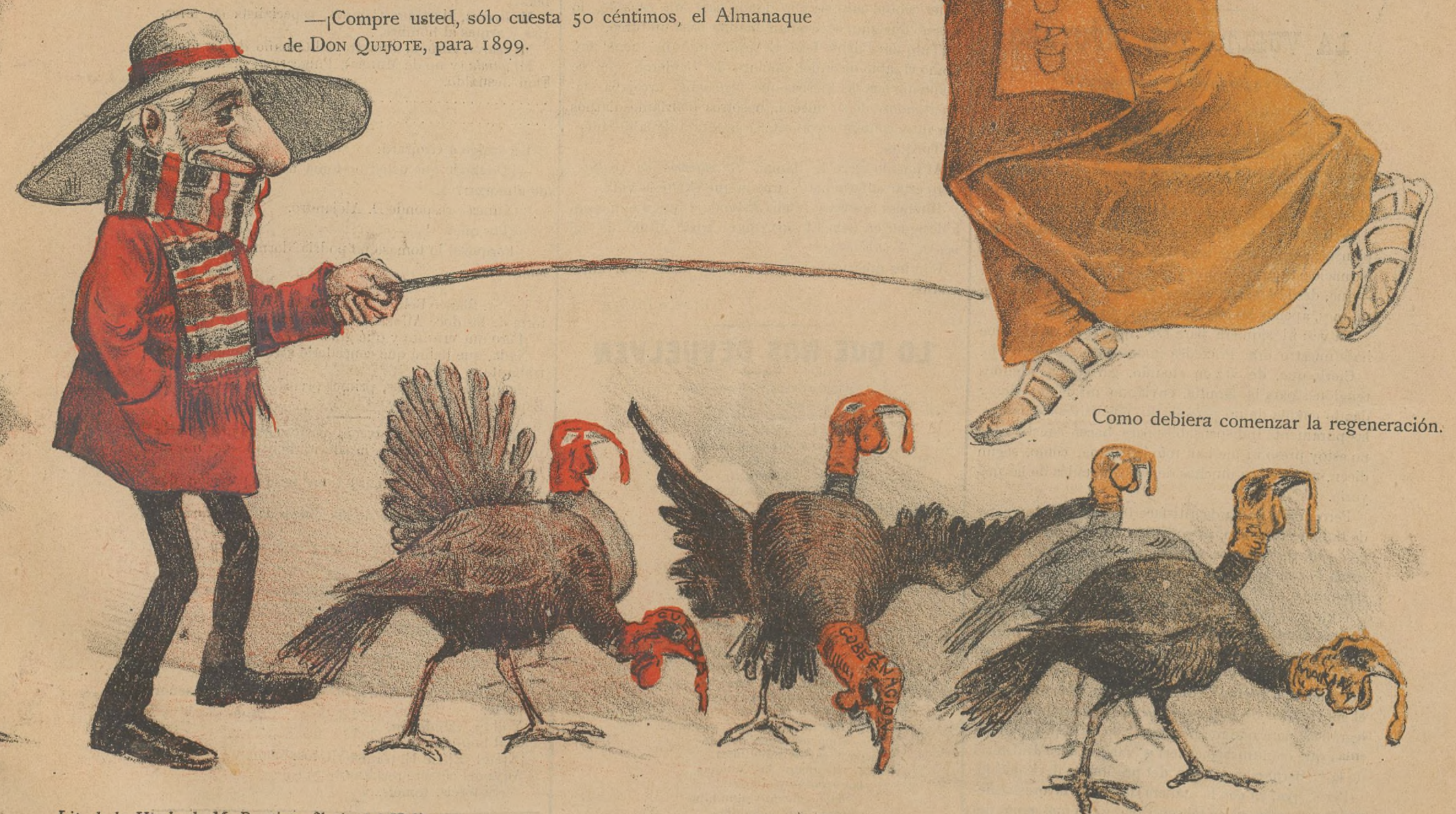
Indudablemente ha debido de celebrarse la boda.



Los dos últimos repatriados.



—¡Compre usted, sólo cuesta 50 céntimos, el Almanaque de Don Quijote, para 1899.



Como debiera comenzar la regeneración.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Fiestas del Valle, 22.

Camino de las Cortes.

## Ayuntamiento de Madrid



tras fronteras nos tienen en algo, lean lo que *La Tribuna*, el más importante diario de Ginebra, con una concisión abrumadora dice de nuestro país. Y lo que dice este periódico suizo, es lo que hace tiempo publica con más extensión toda la prensa de Europa.

«DECADENCIA. El Estado español, ostentando con orgullo el título de católico, ha realizado en la práctica el tipo del Estado clerical. En lo alto, las clases directoras, persiguiendo sin conciencia ni escrúpulos la consecución de su egoísta interés: abajo, el pueblo, pobre, grosero é ignorante. De diez y siete millones de habitantes, cinco millones apenas saben leer y escribir mal. Doce millones vegetan en la más brutal ignorancia. El Estado deja morir de hambre á los maestros de escuela: en cambio cuarenta mil curas y quinientos mil monjes viven en la más plácida inacción.

## CANTO DE LA PRIMAVERA

Parodia del final del acto primero de «La Walkyria».

Silvela y Polavieja

POLAVIEJA (con terror).

¡Oh, silencio!... ¿No sale? Mira... ¿Has oído?

SILVELA

No abrigues esperanzas... aún no ha salido... Ese Sagasta es terco como una fiera, y el país ni nos quiere ni nos espera. Mas flote en tu alma, virgen enardecida, la ilusión esplendente llena de vida, porque los liberales caerán al cabo y huirán entre las piernas metiendo el rabo. Tu gallardía entonces, que ahora se oculta, mirará con asombro la plebe estulta; celebrará el programa que establecimos sin presentir la idea con que le hicimos; dirá que la salvamos de sus prisiones, nos dedicará Grilo dulces canciones y hasta pondrá la lira mejor templada... ¡para luego pegarnos una estocada! Y nosotros, ya dueños de España entera, diremos por lo bajo: ¡Qué primavera! Al vigoroso asalto de nuestro empuje, de Sagasta el partido deshecho cruje, para que entren radiantes en su embeleso. Polavieja y Silvela dándose un beso ¡de amor! por quien el pecho sufre y delira, ¡de amor! por la avaricia que nos inspira. ¡Amor somos nosotros! La primavera nos prestará su auxilio con fe sincera, y al deshacer el hielo que nos cubría dará á nuestros bolsillos paz y alegría. ¡La dicha á nuestras almas ha descendido! ¡Silvela y Polavieja se han reunido!

## LA VUELTA DEL DIPUTADO

(Fragmentos de una carta.)

Mi querido Silvestre:

Como has tenido siempre la manía de considerarme algo tímido para todo lo que significa actividad y trabajo, y singularmente receloso para el cultivo de las letras manuscritas, temiéndome estoy que también ahora atribuyas á pereza mi prolongado silencio.

Pero á fe que te equivocas de medio á medio, si tal piensas; porque sobre la cabeza del ministro de la Gobernación te juro—¡y mira que es gordo el juramento!—que, desde que salí de ese pueblo, hace ya cosa de un mes, apenas he tenido tiempo ni para rascarme.

Ya ves: ni siquiera para eso, que es lo único que hace nuestro don Práxedes cuando está más atareado.

Cierto que, de vez en cuando, garrapeo algunos renglones para la familia, enviando mi fe de vida y dando cuenta de mi persona en poquitas palabras, las puramente indispensables para hacer constar que no estoy preso ni me han roto la crisma, como, según dicen, merecemos muchos de los diputados de la mayoría.

Pero ni á ti había de satisfacerte esa clase de cartas de tamaño reducido, ni yo podría desahogarme contigo en breves párrafos, cuando necesito ser tan largo como lo son de manos muchísimas de nuestros correligionarios.

Porque... ¡tengo tantas cosas que contarte! ¡He sido, en esta semana última, espectador y autor, al propio tiempo, de escenas tan estupendas y tan nunca vistas!

Ya sabes cómo y por qué abandoné mi casa y salí del pueblo, á fuerza de tanto como me freía la sangre el gobernador de la provincia con sus llamamientos telegráficos para que me presentase en la capital, donde tenía que comunicarme ciertos ruegos del Ministerio de la Gobernación y hasta del presidente del Consejo.

Pero... ¡ya, ya con la manera de pedir favores! Ruegos fueron ellos y con tal severidad y tan mal genio me los transmitió el gobernador que, si me descuido y

llego á manifestar la más leve resistencia, de fijo que vengo á Madrid por tránsitos de justicia y atado codo con codo.

—Que salga usted—me dijo, apenas me tuvo á tiro de barbaridad autoritaria y gubernativa,—que salga usted inmediatamente para Madrid, que es donde el Gobierno necesita á los diputados del partido, y no en sus pueblos.

—Mire usted, señor gobernador—insinué yo respetuosamente,—mire usted que me viene muy mal este viaje. Estoy ya en la época de los preparativos para la recolección de los cereales, y usted comprenderá...

—Yo no comprendo nada, yo no sé nada, yo no entiendo de nada, amigo mío. Yo soy una verdadera caballería..., digo un gobernador de caballería; como que procedo de esa arma por parte de mi suegro; y aquí, lo mismo que en el escuadrón, siempre estoy montado en la Ordenanza. Estos telegramas, cifrados son terminantes, y en ellos se ruega á los diputados adictos, con la mayor cortesía, que vayan á votar con el Gobierno al trote largo y de cabeza.

—Verá usted, señor gobernador, no es que yo me oponga precisamente, sino que...

—Nada, nada; es inútil toda observación: hay que sacrificarse por el partido y despreciar los intereses particulares. Lo que dijo el otro: sálvese Sagasta, aunque revienten los granos.

—Pues ahí le duele justamente—repliqué yo;—es decir, ahí me duele, en los granos, señor gobernador. Porque ha de saber usted que este año se me ha adelantado la cosecha personal, y tengo algunos en... algunos sitios, que... vamos, que me costará mucho trabajo sentarme en el Congreso; será uno de los grandes dolores de mi... de mi corazón, por decirlo así.

—Usted podrá decirlo como guste; pero yo sólo de una manera sé decir que tengo orden de enviar á usted á Madrid, muerto ó vivo, sin pérdida de momento y dispuesto á votar el tratado de la paz.

Y aquí me tienes, esperando las órdenes de Capdepón.

«Tiene España muchos artistas y no pocos oradores, pero carece de la energía intelectual propia de fuerza creadora, porque desconoce por completo la libertad del pensamiento. Un pueblo que no sabe más que mascular oraciones que no comprende, y cifra su placer más grande en ver destripar viejos caballos por toros y matar toros por toreros, no puede hacer nada en pro de su prosperidad.»

Como se vé, estos periodistas ginebrinos no escriben: fotografían.

Y después de esta instantánea, cualquiera viaja por Europa diciendo que es español. Día llegará en que las mujeres y los chicos se asomen á las puertas en cualquier capital europea por donde pase un español, lo mismo que aquí se asoman cuando pasa un turco.

¡Turquía! Pueblo feliz. El infortunio no tiene fin. Como el sabio de aquel apólogo de Calderón que se mantenía con las hierbas que otro sabio arrojaba, lamentándose de su miseria, nosotros podríamos darnos por muy contentos con estar á la altura de la decadente Turquía.

Al pueblo turco le llaman *El enfermo de Oriente*. Pero estar enfermo aún supone que existe la vida.

Infelices nosotros: infeliz España, á quien empiezan á designar en toda Europa con el triste título de *La muerta de Occidente*.

Con los muertos sólo queda hacer una cosa: enterrarlos.

BLASCO IBAÑEZ.

## LO QUE NOS DEVUELVEN

¿Garantías? ¿Y qué es eso?

Ya lo hemos olvidado, yo por mi parte confieso que me tienen sin cuidado.

Hecho á este dulce vivir del Gobierno en la tutela me olvidé de disculpar, soy más tonto que un Silvela.

Parlar puedo como un Labra (enfermo de verborrea)... sin que con tanta palabra logre expresar una idea.

¿Y escribir?... Soy un portento, de letras lleno un papel sin que un solo pensamiento... descubriéndose pueda en él...

El Gobierno se apresura á restablecer derechos, y á suprimir la censura por dejarnos satisfechos.

Gobierno más inocente no le tuvo pueblo alguno, ¡si entre la oprimida gente no hay ni un quejoso... ni unol...

Si no sentimos apenas de la esclavitud el mal, si nos gustan las cadenas, las esposas y el bozal...

Si es cómodo y agradable caminar con andadores... la pluma á merced del sable,

¿hay mayor dicha, señores? Nos ha de ser fastidioso, hechos á tanta ventura, dejar el vivir... ocioso que nos presta la censura...

Tú que eres de buena pasta oirás las súplicas mías... Hablo contigo Sagasta... Guárdate las garantías. ¿Censura? Por Dios que siga que así vivimos holgando; ¿habrá necio que nos diga que es grato vivir pensando? No, no, silencio y holganza, esta es la dicha colmada, es la bienaventuranza, ¡es vivir sin hacer nada!

## BRINDIS

(PARA PASCUAL MILLÁN)

Montera en mano, aturcido por el vocerío de la gente, deslumbrado—herido mejor—por la luz brillante del cielo, más azulado que nunca, pálido por la emoción del momento, me dirijo á la presidencia y digo:

—Brindo por Pascual Millán, por *Vareta* y *Allegro*, uno y trino, Dios, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo literato verdadero... Brindo por *Caireles de Oro*, un libro de historia taurina, escrito como Dios manda, y que debieran leer todos los españoles aficionados á toros, es decir, todos los españoles. ¡Olé ya los escritores taurinos! Y dicho esto, tiro la montera y me voy... al estribo.

M. S.

## LANZADAS

Nuestros queridos amigos Alejandro Lerroux y Adolfo Luna, siguen presos en la Cárcel Modelo, á pesar de estar ambos comprendidos en los dos últimos indultos concedidos por el Gobierno.

Llamen ustedes á esta iniquidad como quieran; sea nuestro legal, desacato á la ley, que el Sr. Sagasta continuará imperturbable rascándose la barba.

La barba ó... cualquier otra cosa.

Van á jubilar á Palacio.

Conste que hablamos del general.

Algunos periódicos cometen la candidez de indignarse con eso de las quintas de Murcia.

Y la verdad, no comprendemos los motivos de semejante indignación.

Porque, ¿qué tiene de extraño en este país de las inmundidades que se descubra una inmoralidad más?

¿Verdad usted, señor López?

Charada política.

Mi primera, Sagasta, que es el primero de todos los españoles, el primer ministro, el primer fresco, etc.

Mi segunda, Gamazo, eterno segundo del partido liberal!

Mi tercera, Martínez Campos, especialista en tercetas y armas al hombre.

Mi cuarta, Auñón, ministro del tamaño de la idem.

Mi quinta (y no de Murcia), Puigcerver, el amigo de Don Jesualdo.

Un amigo á Groizard:

—¿De modo que usted no toma nunca café después de almorzar?

—Nunca—responde D. Alejandro.

—¿Por qué?

—Porque si lo tomase no podría dormir luego en el ministerio.

Un Sr. Blanco Belmonte, re-lata en *El Español*, la historia de los doce Alfonsos que han reinado en España.

¡Pero qué erudito y qué gracioso es el Sr. B. B.!

Nada, que habrá que concederle algún honor por su trabajito.

¡Joaquinito Rodajas, primer premio en Historia de España!

El Sr. Silvela, entristecido por los sinsabores que le proporciona la política, ha decidido dedicarse nuevamente á la literatura.

Según nuestras noticias tiene en preparación dos libros.

La segunda edición de las *Cartas de Sor María de Agreda*.

Y la primera edición de las *Cartas de Fray Camilo Polavieja*.

Se ha verificado en la plaza de toros la lucha de un novillo con dos leonas.

¡Pero cómo nos regeneramos!

«¡Viva España, y viva la nación!...»

¡Pues señor, ya tenemos otra vez constipado al señor Sagasta!

Y al Sr. Capdepón.

Y al hombre de Algete.

¡Ejém! ¡Ejém! El ministerio tose.

Aquí del célebre reclamo:

—«Si toséis, toméis...»

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo. Apodaca 18.